

La isla del tesoro

Episodio 9. Patrimonio

Locutor: El relato que estás por escuchar surge de un sueño, y un fenómeno ficticio en él.

En 1987, en el Pacífico Sur, fue descubierta una isla no explorada ni registrada hasta entonces. La isla tenía vestigios de haber sido ocupada por un grupo numeroso de personas.

En distintos lugares se encontraron curiosas libretas con una especie de bitácora escrita. El contenido estaba fechado, extrañamente, en 2020.

Narrador: *¿Qué es el patrimonio?*

¿El conjunto de bienes, derechos y obligaciones que posee alguien?

¿Las propiedades materiales?

¿Bienes inmateriales como el conocimiento y habilidades?

¿La capacidad de uso, aprovechamiento y dominio de cosas tangibles e intangibles?

¿El valor y la riqueza que se posee y que se puede transmitir?

—Ya falta poquito, —me dijo, mientras trepaba de un brinco una enorme roca lisa, asiéndose al borde superior con los dedos como garras. La verdad es que podía rodearla, como obviamente hice yo. Pero lo máspreciado por un niño es la sorpresa que vive en sus pequeñas aventuras y hazañas de todos los días.

Eliseo me guio hasta a la caverna en donde el río se apaga. Al otro lado de ella, de una grieta mana la cortina de agua limpia que alimenta el ojo de agua. Frente a un gran boquete que sirve de acceso a un túnel posterior, una cascada filtra la luz y el aire.

Fue ahí que Eliseo vio, o creyó ver, a una persona.

No hay mirada más fructífera que la infantil. Para antes de llegar, esa persona ya se había transfigurado en náufrago, en fantasma, en pirata tuerto y hasta en esqueleto.

La cascada estaba a sólo 25 minutos de nuestra aldea, así que no tuve empacho en acompañarlo. No imaginaba que ese lugar acabaría siendo uno de mis lugares favoritos en la isla, la madriguera principal de mis cuadernos y el escondite principal de mis lecturas.

No había nadie, no había nada, no había rastro alguno de presencia viva.

Debo aclarar que nunca había revisado con tal detalle un sitio. Y es que mi misión —de hecho— ya no era constatar lo que vio Eliseo. Hurgaba más bien por curiosidad intensa, genuina y asombrada, como cuando era un niño.

El cabo de vela que llevaba estuvo casi a punto de consumirse por la profundidad del túnel, por el enrarecimiento del aire cuando me fui internando, por un tropiezo que providencialmente me hizo caer a suelo firme, justo antes de dar un paso en el vacío.

Una suerte de tiro inclinado, un túnel descendente, estaba frente a mí, y puedo jurar que en un atisbo me pareció ver un destello al final de él.

Seguir hubiera sido una insensatez, desprovisto de cuerdas, de luz y de ayuda, pues Eliseo sólo tiene unos 11 años, y difícilmente hubiera podido sostener mi peso.

Gerardo Nieto fue relojero, hijo de relojero, nieto de relojero. Su familia había sido una de las primeras en habitar Mascarones, la isla a la que nos dirigíamos cuando el transbordador Iustitia se perdió en el océano, o mejor dicho, fue arrastrado al fin del mundo por el océano.

Esa mañana, Gerardo había ido a continente a recibir su parte de la herencia que su padre había dejado. Aunque tal herencia había sido cuantiosa, a él sólo le correspondió un veliz repleto de relojes, piezas e instrumentos de relojería.

Sus dos medios hermanos compartirían diversas propiedades, valores y ahorros monetarios bastante más cuantiosos, y sin rasgo alguno del viejo oficio familiar, que ninguno de ellos había adoptado.

Por lo que Gerardo me contó varias semanas después, era evidente que la segunda familia de su anciano padre había actuado con mala fe, y apoyados por abogados y peritos poco éticos lo despojaron de todo lo que para ellos pudiera ser útil.

De su herencia de relojes incluso fue previamente sustraído y vendido todo lo que pudiera ofrecer una buena paga monetaria.

¿Qué determina el valor de las cosas?

El día en que hablé de la caverna de la cascada y mencioné el misterioso destello que pude ver, Gerardo Nieto se apresuró a decir que en efecto había algo en el fondo de ese tiro, algo que le pertenecía.

Ante el Consejo explicó que cuando llegamos a la isla no tenía idea de lo que nuestra comunidad haría; desconfiaba de las personas y temió que su escasa herencia fuera hurtada, por lo que buscó un lugar para esconder el veliz, que accidentalmente cayó al túnel y quedó abandonado ante la enorme dificultad para extraerlo.

Ofreció compartir todo lo que fuera útil, y mencionó que junto a algunos relojes de poco valor pero en perfecto estado, había monóculos, lentes varios, herramientas, dos o tres lámparas y numerosas refacciones. También estaba, al parecer íntegra pero

desarmada, toda la maquinaria de un antiguo reloj de pie, junto a diagramas y cuadernos de apuntes de su padre.

Extrajimos el veliz con la ayuda del propio Eliseo, a quien sujetamos de un par de cuerdas y alumbramos desde arriba con antorchas.

En efecto, el pírrico legado de chucherías que había recibido Gerardo Nieto se convirtió en tesoro inmejorable para la comunidad entera.

De ahí salieron las lentes con que se armó un catalejo para vigilancia y exploración, se hicieron brújulas y un pequeño microscopio para el dispensario médico. Esta vez todo funcionaba.

Quizá el patrimonio más importante vivía en el propio Gerardo, su oficio y habilidad, su experiencia, sus generosidad y su don de gentes. Él sería fundamental en el desarrollo de diversas máquinas muy útiles para diversos fines.

Un misterio prevaleció de esos días. Elíseo me juraba que la figura que había visto en la cascada, la razón por la que me había llevado allá, en nada se parecía a Gerardo Nieto.

Locutora: A saber, la red sonora de La Corte, presentó...

Narrador: La Isla del Tesouro.

Locutor: No te pierdas el próximo episodio.